

—Bien está,—contestaron los que habian apoyado la idea;—no nos opondremos á que vuelva á España Colon y á que dé cuenta de su viaje; pero al mismo tiempo que él, puede salir de Portugal una poderosa escuadra con algunos de los pilotos ó marineros que ha llevado Colon, los cuales será fácil comprar, y dirigiéndose á los países descubiertos, pueden apoderarse de ellos y defenderlos si los españoles envian gentes armadas á ocupar los países que creen conquistados.

Esta idea no pareció tan mal al rey; pero se reservó algun tiempo para meditarla.

Colon, que deseaba vivamente llegar á España, fué á despedirse del rey, el cual le manifestó que pondría á sus órdenes lo necesario por si queria ir por tierra á España.

Pero Colon quiso volver á la carabela, y acompañado de don Martin de Noroña y otros caballeros que comisionó el rey para que le despidieran, salió de Valparaiso, recibiendo algunos obsequios del rey, y se detuvo en el camino en el monasterio de San Antonio de Villafranca, donde estaba la reina, y habia mostrado grandes deseos de conversar con él.

La reina le hizo un recibimiento en extremo benévolo, y rodeada de sus damas oyó la narracion que hizo el almirante de su viaje.

Por la noche llegó á Llandra, y allí tuvo un contratiempo inesperado.

Capitulo XXI.

Un padre y una madre.

Los lectores recordarán que don Luis de Souza y Fajardo habia sido enviado á España por el rey don Juan II para que en su nombre le hiciese proposiciones á fin de que le decidiese á llevar á cabo su expedicion con recursos de Portugal.

Colon no quiso oír al emisario secreto del rey, y este quedó desairado por completo.

Tambien recordarán que doña Catalina de Alvarado, la dama que sucedió á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, cuando por intrigas del conde de Almagros se retiró de palacio, la madre de María, de aquella jóven candorosa que tan inmenso amor habia despertado en el alma de Diego de Colon, faltando no sólo á la gratitud que debia al conde, sino lo que era

más punible á los deberes de madre, oyó los galanteos de don Luis de Souza, y cuando éste regresó á Portugal se fué en su compañía.

Don Luis no podia presentarse con ella porque estaba casado, y aunque circunstancias especiales, que tal vez á su tiempo sabremos, le obligaban á vivir separado de su esposa, tenia una reputacion muy bien sentada, desempeñaba un cargo muy distinguido en la córte y ni podia, ni debia hacer ostentacion del lazo que le ligaba con la castellana en su propia pátria.

Los dos convinieron ántes de llegar á Lisboa en separarse.

Catalina permaneceria algunos dias en Oporto, y cuando la avisase don Luis se trasladaria á Lisboa á ocupar una casa que le pertenecia, casa en donde iria á verla ocultamente.

Hizolo así, en efecto, y como Catalina era una mujer muy diestra y al mismo tiempo muy bella, logró dominar por completo á el emisario del rey, teniendo gran influencia en la córte por este medio.

Don Luis habia perdido el seso por ella, y en la córte empezaba á murmurarse de las visitas que la hacia; resolvió construir en Llandra, donde tenia algunas posesiones, una casa de campo que con el tiempo fué un verdadero palacio.

Hizo á Catalina que se trasladase allí, y desde entonces la mayor parte del año le pasaba en su compañía á bastantes leguas de los curiosos.

En Llandra estaba cuando Colon, de regreso de

Valparaiso, hizo noche en aquel lugar para salir al dia siguiente á Bastelho á embarcarse.

Don Luis habia sabido la llegada de Colon, pero no habia acudido á recibirle, y algunas horas ántes de la llegada de Colon á Llandra recibió un mensaje del rey en el que le anunciaba que el almirante de España llegaria aquella noche, le encargaba que le hospedase en su casa, reanudase con él sus antiguas relaciones y se valiese de todos los medios para informarse del derrotero que habia seguido, ordenándole además que si nada podia averiguar sobornase á alguno de los que le acompañaban ó enviase persona de toda su confianza á la carabela, porque necesitaba á toda costa conocer el verdadero camino desde las Azores hasta las tierras que habia descubierto Colon.

En vista de este aviso dispuso una habitacion en su palacio y salió al encuentro de Colon.

El almirante no tardó en reconocerle.

—Quiero mostraros que no soy rencoroso,—le dijo don Luis,—y ya que no me ha sido posible felicitaros ántes, ni asistir á los convites con que os ha festejado su majestad el rey, deseo que honreis mi casa y paseis en ella el tiempo que permanezcais en el lugar.

—Os agradezco infinito el agasajo,—dijo Colon,—y voy tan satisfecho de las mercedes que me ha otorgado el rey, que me complaceré en pasar á vuestro lado la noche para que llegue á vos la gratitud que siento hácia este noble y generoso país.

El almirante con su escasa comitiva, precedido

de don Luis, llegó al palacio y se hospedó en el aposento que le tenia preparado.

Para realizar los deseos del monarca dispuso don Luis una espléndida cena, y contando con la sagacidad y con la astucia de Catalina, no tuvo inconveniente en hacerla su cómplice.

—Las preguntas de una mujer,—se dijo,—parecerán mera curiosidad á Colon; á mi me contestaría con recelo, mientras que á Catalina se apresurará á complacerla porque es galante y bondadoso.

Comunicó á Catalina su plan, y fué despues á la habitacion de Colon á conversar con él mientras los llamaban para sentarse á la mesa.

—Deseo presentaros á mi esposa,—le dijo don Luis, á mi noble esposa, á quien tal vez habreis oido nombrar en la córte de vuestros reyes, porque es española, y ha tenido el honor de desempeñar uno de los puestos más honrosos allí lado de la reina doña Isabel.

—De gran satisfaccion me servirá conocerla,—contestó el ilustre marino. Para mí, España es hoy la única pátria que tengo. ¿Qué mayor ventura puedo esperar que hallar una española antes de pisar el suelo de mi pátria?

—He de trataros con la mayor franqueza,—añadió don Luis.—Somos antiguos amigos, y la verdadera amistad se niega á la etiqueta. Venís del palacio del rey, en donde todo ha sido ceremonia para vos; en mi casa hallareis confianza y cariño. Así, pues, venid al comedor donde nos espera doña Catalina.

Esta conocia tambien á Colon.

No habia olvidado que habia servido de pretesto al conde de Almagros y á sus amigos para la intriga que dió por resultado su elevacion al cargo de dama de la reina.

La presencia del ilustre genovés despertó instantáneamente en su imaginacion el recuerdo de los dias en que le habia conocido.

Entonces era objeto de un entrañable amor por parte del conde de Almagros, que á su vez le idolatraba, y de aquel lazo que la pasion habia formado habia brotado una niña.

Pero aquellos dias de vestura, de expansion y de esperanza habian desaparecido para siempre.

Los lazos que la habian unido con el conde de Almagros, lazos que, dicho sea de paso, ignoraba don Luis de Souza, se habian roto para siempre por su culpa.

La madre habia abandonado á su hija, y su recuerdo era un remordimiento continuo.

Además vivia en un país extranjero, y entonces no era el amor, sino la necesidad, lo que la detenia en los brazos de don Luis de Souza.

Sin embargo, tenia mucha serenidad, y dominándose saludó cordialmente á Colon, le colmó de plácemes y enhorabuenas, y amenizó con su conversacion la primera parte de la cena.

Don Luis llenaba á cada instante de sabroso vino el vaso de Colon.

Quería animarle para que hablase.

Colon habló, en efecto; pero no á medida de los deseos de don Luis.

Ponderábanle él y Catalina la importancia del descubrimiento que acababa de hacer; de la gloria que le esperaba, de las ovaciones que alcanzaria en toda Castilla, de las inmensas riquezas que llegaria á atesorar, y Colon, comprendiendo del mismo modo que ellos la gran altura á que habia llegado, no pudo ménos de dirigir una mirada á su pasado, y en él halló la inspiracion para hablar como habló.

—Sí,—dijo á Catalina y á don Luis,—grande es la gloria que he alcanzado, acaso sean inmensas las riquezas que logre. Pero ¡ay! dejadme que os abra mi corazon en este momento; dejad al hombre que se os aparece tan acariciado por la fortuna que os diga sus tristezas.

—¡Vos podeis estar triste!—exclamó Catalina.

—En estos momentos sería una injusticia,—añadió don Luis.

—Pues ved lo que es el mundo: yo, que tantas mercedes acabo de recibir de la suerte, que tengo delante de mis ojos un porvenir tan risueño, os envidio. Sí, os envidio, porque vivis unidos, porque os amais; y yo que tambien he tenido una esposa, á quien he amado con toda mi alma, no puedo ménos de recordar aquellos breves dias que pasé á su lado dominado por la ambicion, por la sed de gloria, y corriendo siempre en pos de un fantasma que me alejaba de la verdadera felicidad, de la felicidad doméstica que tenia á mi lado.

No hay duda que la fortuna me ha favorecido. Es de esperar que así como el monarca de Portugal me ha honrado, me honrarán con más motivo los reyes de Castilla; confirmarán el título de grandeza que me han dado y me colmarán de agasajos. Pero todos estos goces no satisfacen más que la vanidad del hombre: á lo sumo llenan las necesidades de la materia; pero ¿y las del espíritu? ¿Qué es haber descubierto un Nuevo-Mundo? ¿Qué es alcanzar la honra de estar cubierto y de poder sentarse al lado de los reyes? ¿Qué es atesorar riquezas si no tiene uno al lado una mujer amada, una casta esposa, que despues de haber compartido los infortunios, comparta las alegrías con su compañero? ¿Y si hay un hijo, si de este amor que ha unido sus almas nace un fruto de bendicion, con qué afán, con qué alegría, con qué entusiasmo vé el padre los honores, las riquezas que ha de poder legarle?

Y si ha pasado trabajos, y si ha sufrido ese padre al conquistar los favores de la fortuna, ¿cuán inmensa es su dicha al ver que puede librar al hijo de su amor de los infortunios que ha padecido, que puede separar de su camino los abrojos, sembrarle de flores y hacer que la vida sea para él un Eden?

Parte de esta felicidad me está á mí reservada, si Dios durante mi viaje no ha dispuesto de la vida de mi hijo.

Al hablar de este modo recordó Colon que no iba á disfrutar de sus beneficios un hijo, sino dos.